

Hacia el paraje de do sale el ruido
El bizarro escoces avanza al punto.
Mas yo para otra vez dejo este asunto.

CANTO XXII.

Viaje de Astolfo. — Róbale su caballo un rústico — Éntrase Astolfo en el palacio encantado de Atlante. — Ahuyenta el mágico á los caballeros cautivos y á sus caballos, y se apodera de Hipogrifo. — Dirigense Roger y Bradamante á la abadía de Valumbrosa. — Extraña usanza establecida en el alcázar de Pinabelo. — Roger echa á un pozo el escudo encantado de Atlante. — Muerte de Pinabelo.

Tiernas beldades cuyo ardor constante
Satisface el amor de un solo amante,
Raras sois, lo confieso;
Mas no conmigo os enojeis por eso:
Si de una infame la maldad propalo,
De cien damas acaso en esta historia
Hasta el empireo elevaré la gloria.

Si entre los doce hubo un apóstol malo
Que á su señor vendió, de Juan, de Pedro
No ménos inmortal es la memoria;
Ni porque inicuas fueron
Cuantas hermanas tuvo Hipermenestra,
Con ménos brillo su virtud se muestra.

Mas, volviendo á mi asunto, que hacer grato
Puede la variedad con que lo trato,
Digo que, oyendo el escoces el ruido
De que hablé ya, por una angosta senda
Suelta al corcel la rienda,
Y sin vida tendido
Halla en honda cañada á un caballero.

Quien fuese ya diré; mas ántes quiero
Volver á Francia, y dende allí al Levante,
Tras Astolfo, que el paso
Dirige en este instante hácia el Ocaso.

En la ciudad impía
Yo le dejé, donde, sonar haciendo
Mágica trompa de sonido horrendo,
Se libertó de su peligro grave.
Mientras en tierra yacia
La turba femenil alucinada,
Saltando en una nave
Huye el duque de la isla malhadada,
Boga hácia Armenia y llega á Satalía.
En su bridon aligero montado,
Hacia la Bursia se dirige luego,
Traspasa el mar y toca el suelo griego.
Sigue luego el Danubio, llega á Hungría;
Y vueltas veinte apénas
Dió en torno á su eje el gran fanal del día,
Mientras él la Bohemia, la Moravia,
La Franconia recorre, el Rin traspasa,
Traspasa las Ardenas,
Llega á Aquisgran, de allí pasa á Brabante,
Y á Flándes luego, do en flotante casa
Audaz se arroja al piélagos espumante.
Favorable, la brisa
De tal modo le empuja, que cercanas
Las costas de Inglaterra
A mediodía el paladin divisa.

Poco despues á tierra
Salta, monta á caballo y con tal furia
Marcha, que á Lóndres en la tarde llega.
Oyendo allí decir que de su corte
Con los magnates todos ha partido
El viejo rey hácia Paris, se entrega
De vivo gozo á súbito transporte;
Torna al puerto, se embarca y de la nave
La fresca lona hácia Calés despliega.

El viento, empero, que hasta allí suave
Por Poniente sopló, con furia ignota
Los flancos luego del bajel azota.
Inquieto el marinero, á la onda opone

Constantemente la tajante proa
 Y en sus espaldas túrgidas se mece,
 Si bien no por el rumbo que apetece.
 A merced de las olas agitado
 Astolfo así, del uno al otro lado
 Corre, hasta que de Ruan llega á la orilla.
 Ármase al punto; á Rabicano ensilla;
 La fuerte espada ciñese á un costado,
 Y la trompa infernal al otro brilla.

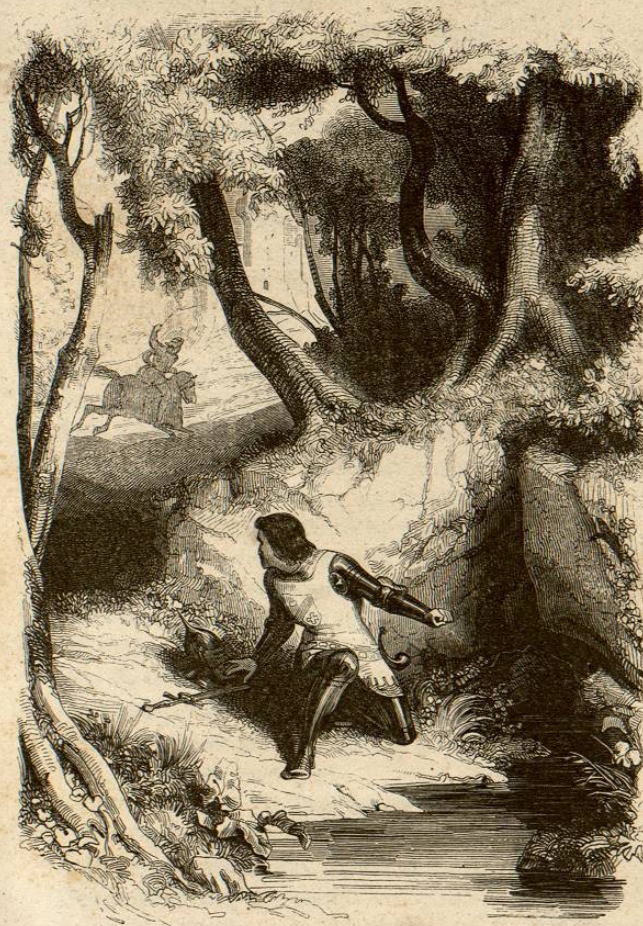
Así, la selva atravesando, viene
 Al pié de un cerro en hora
 En que, del sol la lumbre abrasadora
 Huyendo, se detiene
 En cabañas ó bosques el ganado.
 Sediento, acalorado,
 Álzase Astolfo el yelmo de la frente;
 Ata de un ramo su corcel valiente;
 Sus pasos guía hácia una fuente clara
 Y á beber en sus ondas se prepara.

Tocádoles apenas su labio habia,
 Cuando, saliendo de la selva umbria,
 Villano audaz se acerca á Rabicano,
 Salta sobre él, y parte con presteza.

Al ruido el duque alzando la cabeza,
 Por seguir al villano
 Su ardiente sed olvida, se levanta,
 Y tras él mueve su lijera planta.

El raptor, cuyo intento
 Es que no pierda el paladin su pista,
 Del corcel calculando el movimiento
 Trotando ó galopando va á su vista.
 Corriendo así durante un largo espacio
 Salen del bosque y llegan al palacio
 Do, libres á la vez y prisioneros,
 Se hallaban tantos inclitos guerreros.

Por sus armas Astolfo embarazado,
 Quédase atrás y llega en el momento
 En que al umbral el rústico ha tocado



Astolfo á la orilla de una fuente. (T. I, p. 406.)

Sobre el corcel que corre como el viento.
En vano entónces por hallarlo mira;
En vano ansioso gira
En torno del palacio, y de aposento
En aposento, hasta la noche, vaga.
Confuso, fatigado,
Conoce que aquel sitio está encantado,
Y del libro que diérale la maga
Recordándose entonce, el medio busca
De conjurar el singular portento
Que su vista y su mente á un tiempo ofusca.
Hablábase en el libro extensamente
Del modo de vencer al nigromante,
Y de dar al instante
La libertad á tanta noble gente.
De su palacio en el umbral reposa
Bajo marmórea losa
El espíritu que obra estos encantos,
Y este mármol alzando, en humo debe
Todo el castillo disiparse en breve.
Ansioso de poder llevar á cabo
Tan denodada empresa,
Sus brazos extendiendo, el jóven bravo
No tarda en ver cuanto la losa pesa.
Mas de sí tan cercano
Viendo Atlante al inglés, viendo su mano
Que á destruir de su arte va el prestigio,
Con un nuevo prodigio
Conjurar quiere su inminente ruina.
A este fin imagina
A Astolfo transformar de tal manera,
Que á los unos gigante,
A los otros villano,
A los otros guerrero pareciera.
A cada cual, en fin, con nuevo hechizo
Presenta, en el del príncipe, el semblante
Con que él á todos prisioneros hizo.
Recuperar queriendo lo que buscan

Roger, Gradaso, Iroldo, Bradamante,
Brandimarte, Prasildo y otros varios
Victimas de este error, en un instante,
Esgrimiendo los hierros sanguinarios,
Por atacar al mago
Hácia Astolfo dirigense, y aciago
El hado de este fuera si consigo
No llevara esta vez el cuerno amigo.

Apénas en los labios se lo ha puesto,
Aterrado, aturdido,
Cual tímida paloma
De un arcabuz al súbito estampido,
Cada guerrero presto
Por aquí y por allí la fuga toma.
Azorado también del son funesto
Que produce la trompa del britano,
De su mansion aléjase el anciano,
Y huyen al mismo tiempo los bridones,
Que, sin que nada baste á detenellos,
Se esparcen en distintas direcciones.
De la cuadra con ellos
Rabicano se sale, y del palacio
Encuentra á su señor á breve espacio.

Astolfo, así que en fuga al viejo mira,
La grave losa del umbral retira,
Bajo la cual ve imágenes y cosas
Que enumerar aquí yo no pretendo.
Mas el encanto destruir queriendo,
De su libro á las páginas preciosas
Recorre el paladin, y en el momento
El alcázar en humo se alza al viento.

Allí ligado con cadena de oro
Halla Astolfo el aligero caballo
Que á Roger diera el nigromante moro
Cuando de Alcina quiso trasportallo
Al imperio fatal, y encuentra el freno
Que le dió Logistila porque el rumbo
Rígiera del corcel de impetu lleno,

Y con el cual, desde India hasta Inglaterra,
Recorrió todo un lado de la tierra.

Ya recordais sin duda
Cual, por seguir la pista
De la beldad desnuda
Que por encanto se esquivó á su vista,
A un árbol amarrado
Dejó Roger á su corcel alado,
Que, observando de léjos su camino,
A presentarse ante él en breve vino.

Ofrecerse al britano no podia
Una ocasion mas favorable que esta
Para emprender la via
Que en torno al orbe á consumir se apresta.
De Hipogrifo el ardor probó ya el día
En que, á Melisa gracias, salir pudo
De la mansion funesta
Do víctima vivió de encanto crudo.
Y habiendo luego visto de que modo
Logistila á Hipogrifo un freno puso,
Aprendió como de él debe hacer uso
Para regirlo por el orbe todo.

A partir pues el héroe se dispone
Sobre el corcel alado. Suspendida
Ve á su lado una silla, y se la pone;
Mas, no hallando su brida,
Una al punto compone
Con las que allí dejaron
Los brutos que á la fuga se entregaron.

Mas, ántes de seguir, mi canto es fuerza
Que hácia Roger y Bradamante tuerza.

Luego que hubo cesado
De resonar el cuerno, y que la gente
Del palacio fatal se hubo alejado,
Vió Roger fácilmente
Del anciano el ardid. Hasta aquel día
Ninguno en el alcázar
Reconocido á los demas habia.

Entonces ve Roger á Bradamante,
 Y ella al verlo se turba y maravilla,
 Pensando como su ánima sencilla
 Ha logrado ofuscar el viejo Atlante.
 Roger abraza á la doncella hermosa,
 Que, el jazmin de su faz trocando en rosa,
 De sus tiernos amores
 Pone en sus labios las primeras flores.
 Una y mil veces luego
 Del uno el otro arrójase en los brazos,
 Y allí, ceñidos con estrechos lazos,
 Exhalan su alma en ósculos de fuego.

¡Oh cuánto entonces duéleles el tiempo
 Que en el fatal alcázar han perdido,
 Por no haberse hasta aquí reconocido!

Dispuesta Bradamante
 A otorgar á Roger cuantos favores
 Sin mengua suya puede
 Otorgar una virgen á su amante,
 « Si de mi amor, » le dice, « obtener quieres
 « Los últimos placeres,
 « Menester es que al punto te bautices,
 « Y que momentos luego tan felices
 « A mi padre, pidiéndome, aceleres. »
 Roger, que por su amada no tan solo
 Se convirtiera á la cristiana fe,
 Que de su abuelo y su progenie entera
 Por tantos siglos venerada fué,
 Sino que á dar el resto
 De sus dias hallárase dispuesto,
 « No al agua, » dice, « á las voraces llamas
 « Mi cabeza daré, si lo reclamás. »

Por bautizarse, ansioso
 De unirse para siempre á la doncella,
 Se dirige con ella á Valumbroso,
 Do una antigua abadía,
 Rica, famosa, hospitalaria, existe.
 Al salir de la selva

Una dama encontráronse que triste
 Por el valle sus pasos dirigia.
 Cortes, Roger no bien el llanto nota
 Que de los ojos de esta dama brota,
 A compasion movido
 Siente el pecho; y, despues de breve pausa,
 De su dolor preguntale la causa.
 Ella, volviendo al cielo
 Sus bellisimas luces, así dice:
 « Sabe, señor, que de mi amargo duelo
 « Es causa la piedad que mi alma mueve
 « Hácia un hermoso jóven infelice
 « Que de aquí cerca á perecer va en breve. »
 « De una hermosa doncella,
 « Hija del rey Marsilio,
 « Prendado el infeliz, con el auxilio
 « De blanco velo y de femineo traje
 « Las noches á pasar iba con ella,
 « Tomando de mujer gesto y lenguaje.
 « Por de pronto ninguno
 « Hubo que penetrase este secreto;
 « Mas conocido á poco fué por uno
 « Que á un amigo indiscreto
 « Lo cuenta, el cual á dos; y de este asunto
 « Hasta al rey llega la noticia al punto.
 « Por orden de Marsilio, un su allegado
 « Antes de ayer cogiólos en el lecho;
 « A los dos encerrar, por separado,
 « En negra cárcel sin piedad han hecho,
 « Y con su vida hoy temo que se acabe
 « Del tierno jóven el suplicio grave.
 « Vivo á quemarle van; yo, no queriendo
 « Ver tal atrocidad, aquí me vine,
 « Este crimen horrendo
 « No dudando que hoy mismo se termine.
 « Llena de angustia, pues, hácia vos vengo,
 « Pues no es posible que al dolor resista
 « Mi corazon, miéntras del jóven tengo

« Los abrasados miembros á la vista. »
 A tal noticia , Bradamante siente
 Dolor profundo , no de otra manera
 Que si de algun pariente
 Que deplorar la pérdida tuviera.
 Mas tarde ya diré que fundamento
 Tenia este cruel presentimiento.

Al buen Roger su valerosa amiga
 « Deber sagrado , » dice , « nuestras armas
 « A ofrecer á esa dama nos obliga. »
 Y volviéndose hácia ella : « Tus alarmas
 « Cesen desde hoy , » prosigue ; « del suplicio
 « Al paraje me guia , y yo me atrevo ,
 « Si no está consumado el sacrificio ,
 « A impedir que perezca ese mancebo. »

Escuchando el discurso de su dama ,
 De igual deseo el paladin se inflama ,
 Y á la infeliz , que de sus ojos vierte
 Un torrente de lágrimas , exhorta
 A partir. « De la muerte , »
 Dice , « arrancar á ese infeliz importa.
 « Volemos pues , volemos ,
 « Pues á tiempo llegando á su presencia ,
 « Por mucha que encontremos resistencia ,
 « Conjurar su peligro lograremos. »

Con lo altivo del tono y del semblante ,
 Roger y Bradamante
 Alientan la esperanza
 De la doncella , que , temiendo presa
 Sin provecho quedar si de su empresa
 El éxito no para en bienandanza ,
 A los guerreros dice : « Por la via
 « Que recta y llana guia
 « Al sitio del suplicio , yo bien creo
 « Que llegarse esta tarde se podria ;
 « Mas , á dar gran rodeo
 « Por desusadas sendas obligados ,
 « Cuando allí nos mostremos

« Temo que muerto al jóven encontremos. »
 — « ¿ Porqué pues no tomar por la mas corta ? »
 Interrumpe el guerrero. — « Porque importa , »
 La dama le responde ,
 « Evitar el palacio
 « De los señores de Poitiers , en donde
 « Existen ha tres dias
 « Leyes y usanzas bárbaras é impias
 « Que en él ha introducido Pinabelo ,
 « Hijo del conde Anselmo de Altarripa ,
 « Y de perfidia y de maldad modelo. »

Cuatro guerreros , cual no vió la Francia
 Tiempo ha por su denuedo y arrogancia ,
 Defender han jurado
 La mansion y la ley de este malvado.
 Dama allí , pues , no llega ni guerrero
 Que baldon no reciba ;
 Que esa gente de dentro los derriba ,
 De su ropa á la dama , de su acero
 Al hombre , y de corcel á entrambos priva.

Cual el origen de esta ley ha sido
 Voy á decir : tambien voy á exponeros
 El medio por el cual se ha conseguido
 Prender á aquellos cuatro caballeros.

Por dama tiene el conde
 Una mujer abominable , impia ,
 Con la cual caminando , no sé donde ,
 Topó un guerrero en una selva un dia.
 De una vieja marchaba en compañía
 Este guerrero. Insúltala orgullosa
 De Pinabelo la fingida esposa.
 Al conde el caballero desafia ;
 De su bridon lo arroja ,
 Y á la dama altanera
 De su vestido espléndido despoja.

De verse á pié y desnuda avergonzada ,
 Ansiosa un medio de vengarse piensa ;
 Y á su amante , cuya alma está dotada